

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropa

UNA DE PELOS

O sea «Hair», que la han traído en plan concierto rock. Sólo que cuando todos se despelotan, aquí es con la luz apagada, o sea que de pelos nada.

«Hair», para qué te voy a contar, la vi yo en Munich hace seis años, y aquello sí que era un número, y luego que aquí pusieron unos cachos en Picadilly, hace tiempo, dentro de unos cauces, en español, con la Gisía Paradís y repartiendo pipas entre el personal, que decían que era la píldora:

—Esta píldora para Rapael.

Qué tiempos. Pero el «Hair» de ahora, o sea en el Monumental, es el clásico, el fetén, todos de fuera, y la música no veas; algo cortado, por la duración más que nada, y algo a oscuras cuando se desnudan, ya te digo, pero por lo demás una hermosura, todo rock bueno, y sin catecismo ni Camilo Sesto ni nada, como otros rocks.

O sea la madre del cordero, que de aquí nació todo, a ver qué vida, de «Hair», y luego venga a meterle estampitas y cosas para hacer otros musicales, ya en plan decente, lo que pasa es que como viene de retraso (antes eran los trenes, en España siempre hay algo que se retrasa), pues ya están pasadas, las alusiones mayormente, y Nixon y el Vietnam ya quedan viejos como la batalla del Alamo, menos mal que como lo dicen en inglés el personal tam-



poco se entera, y eso siempre es una ventaja. Por eso la habrán dejado, digo yo, que si no de qué, que siempre hay paralelismos, o sea cosas, y aquí no estamos para paralelismos. Que dice que ha dicho el censor:

—Los tacos en inglés y los desnudos a oscuras.

Vale. Y se han lanzado. Pero ahí están las jais, blancas y negras, ricas todas, y la música, que es el himno —ay— de los que no quieren ir a la guerra. ■ LORD.

Good Bye, Raphi

La película «Rafael en Raphael», de Antonio Isasi es algo así como un adiós a la figura mítica de Raphael. Cuando alguien se pone a objetivar un mito, el mito ya ha muerto. Y, por supuesto, ha nacido algo más positivo, más vivo, más importante... Si Isasi ha hecho una película que es una muestra sociológica de lo que ha podido significar la figura de Raphael en el contexto español de los últimos años, su trabajo es el primer paso hacia una independencia crítica que sitúe a los hombres de los próximos diez o veinte años ante nuestra miseria cultural, o por lo menos —sin calificativos— ante exponentes claros de nuestra cultura contemporánea.

Y, naturalmente, la película de Isasi se ha retirado de cartel. Se ignoran las causas, se dice. Motivos técnicos, se explica. Y uno, que está acostumbrado a ver copias infectas en cines de estreno, bandas de sonido inaudibles al precio de veinte duros, proyecciones cortadas anunciadas como versiones íntegras, cree difícil que pueda retirarse una película con posibilidades comerciales a los muy escasos días de su estreno debido a «deficiencias técnicas».

Sobre todo a uno le parece difícil que eso sea así tras haber visto la película en cuestión, tras haberse entusiasmado (con ciertos reparos, es cierto, pero entusiasmado al fin y al cabo) con ese planteamiento objetivador de la película. Son tan escasas las posibilidades del cine español de cara a plantearse algunas de sus realidades con un mínimo de seriedad que, aunque esta película se refiera sólo al «caso» Raphael, ya supone un paso nada despreciable. ¿Quién se ha enfadado, pues? ¿El propio Raphael? Probablemente, ¿por qué no? Un señor que se forma a sí mismo tan en serio no podría tolerar que se le discutiera mínimamente. Este país es el de los santones intocables... Pero, a lo peor, ni siquiera ha sido el propio cantante. No sería éste el primer caso de intermediarios autónomos que deciden y pinchan en nombre de principios interpretados a su aire...

No es este comentario una información sobre lo sucedido, ¡librenos el cielo! Son suposiciones que están en el ánimo de muchos. Que lo que haya ocurrido acabará sabiéndose tarde o temprano. (O eso esperamos, al menos.) Pero lo que resulta ya desagradable es esta constante de las cortapisas que pesan sobre nuestro cine. Cuando no es por una cosa, resulta que es por otra. El caso es



que aquí ni se hace nada, ni se ve lo que se hace. A cambio, si nos podemos tragar la serie televisiva de Raphael sin que se pueda rechistar.

De todas formas, si las razones de retirada de película no son realmente «técnicas», tendremos un síntoma terrible sobre la decadencia del cantante. Y no es que a uno le importe mucho su trayectoria profesional. Pero cuando un síntoma se desmorona, algo de su base pierde fuerza. Y en este sentido, el enigma que rodea la prohibición de «Rafael en Raphael» deja de ser una anécdota para enriquecer la película con nuevos datos sociológicos. Ahí es nada. ■ GALAN.

PRENSA:

El futuro es de Jaime Peñafiel

Mientras llegan o no llegan los nuevos tiempos que se acercan para la Prensa (canallesca o no), el futuro ha comenzado ya para la Prensa del Corazón y la Placenta, que se está de entrada poniendo las botas. Nunca han tenido los reporteros del corazón tantos Rainieros, tantas Alejandras, tantas Beatrices, tantas ilustres damas y caballeros que llevarse a la Rolleiflex y al magnetofón de bolsillo Philips (no Mark Philips, sino Philips Sociedad Anónima, qué le vamos a hacer).

Para José Oneto y para Lorenzo Contreras; para Angel Gómez Escorial y para Wifredo Espina; para Ramón Pi y para Pedro Crespo; para Luis Apostúa y para Miguel Platón; para Luis Blanco Vila y para Argos... Que nos perdonen si olvidamos alguno (ay, con el ay, que se nos olvidaba Pedro Rodríguez Colmena), pero para los cronistas de la Prensa del Corazón Político las cosas van más despacito. Por ahora sólo se pueden solazar en el color de una camisa, en una frase que no se dijo, en un avión que no aterrizó en Barajas...

Los del corazón, en cambio, están que no paran. Les faltan carretes de color para retratar uniformes de maestranas, grandes cruces y capas latinoamericanas.

Jaime Peñafiel, hijo, le vas a sacar a las mujeres más que Amando de Miguel, que se cree el tío que «El miedo a la igualdad» va a ser un best-seller, cuando lo que de verdad está vendiendo es la «Sociología del franquismo». Jaime Peñafiel: el futuro es tuyo. Me ha dicho a mí Julián Cortés

Cavanillas, que de esto sabe un rato, más que Juan Balansó, que no hay quien te quite el próximo premio «Cavia». ■ F. O.

TVE:

Julio Iglesias, juglar del cambio

La historia de España, y si no que se lo pregunten a Basilio M. Patino, no la escribe Ricardo de la Cierva, sino cada día el anónimo autor de la letra de una canción. Desde que «Mi jaca» sirvió de fondo a los primeros paños de la ensalada de tiros del 36, cada momento de nuestra historia contemporánea ha tenido su canción. ¿Qué hubiera sido del pan moreno sin la niña que se miraba en

el río de la canción de doña Concha, lo desagradecida que es la gente y lo olvidada que la tienen los gays de ahora? ¿Qué hubiera sido de los primeros tecnócratas sin la voz de guateque que nos aseguraba que a lo loco, a lo loco se vive mejor? ¿Cómo hubiéramos podido alcanzar los dos mil dólares, o los que fueran, de renta per cápita sin desgañitarnos con la Massiel, que entonces estaba más despolitizada, cantando el lalalá? En la historia de España contemporánea hay un momento para cada canción y una canción para cada momento. Y un Bonet de San Pedro, un José Luis y su guitarra, una Elder Barber, una Mari Paz, una Juanita Reina, unos Sirex, un Machín, unos Bravos, unas Hermanas Fleta que, como hubiera dicho don Bartolomé Mostaza en la Escuela Oficial de Periodismo Cañi, se iban convirtiendo en cada momento en notarios de la actualidad, en

amas secas de la leche que iba mamando el sistema.

A este momento de cambio, de expectativa, de madurez (sigan ustedes poniendo aquí las cosas que acaban de leer a Pedro Calvo Hernando y a Josep Meliá, venga, échennos una manita que no vean el trabajo que tenemos los periodistas con esto de la primera piedra de la nueva era, que nosotros somos los que tenemos que dar los discursos y los otros muy ricamente agarrados al sillón para no perderlo); a este momento de la ocasión la pintan calva, decíamos, le faltaba su juglar, su Estrellita Castro sin rizo, su doña Concha sin maricas, su Machín sin maracas, su Bonet de San Pedro sin bigotito imperial, su Elder Barber sin guerra de Ifni al fondo, sus Sirex sin escoba, su Juanita Reina sin lazo de dama de Isabel la Católica.

El juglar ha llegado de la mano de TVE y del programa «La hora de...». Esta hora crucial no podía pasar sin su juglar. En las pantallas de TVE, la hora de España ha sido «La hora de... Julio Iglesias». El de «La vida sigue igual». ■ DESPEÑAPERROS.

Paco Camino, Fraga y la temporada de América

El Niño Sabio no quiere cobrar diez millones de pesetas por torear seis corridas en América: una en Quito, mano a mano con Palomo; dos en Bogotá, dos en Cali y una en Cartagena de Indias. El Niño Sabio dice que está lesionado, que por eso no puede ir a cumplir los contratos que tiene firmados con los hermanos Lozano, que son los que parten el bacalao en esos cosos de allende el charco donde asesinaron a Allende.

A este revistero le parece muy bien que Paco Camino no quiera ir a torear a América. Desde que murió Joselito el Gallo no ha habido realmente toreros españoles que le saquen partido a la temporada americana. Pero, por el Señor del Gran Poder, que no diga que no quiere ir por estar lesionado. Paco Camino no quiere ir a torear a América porque tiene que estar aquí para labrarse un porvenir. Si el futuro llama a su puerta y le coge dando mantazos en Cartagena de Indias, ¿qué va a hacer?

Este revistero estaba el otro día en Barajas, de paso para un tentadero en el Norte, donde desde

